

ARTE EXPOSICIÓN

«EL ARTE DE LA PINTURA CONSISTE EN PERCIBIR»

El escritor Karl Ove Knausgård es el comisario de una muestra que enseña la obra de Edvard Munch más allá de los iconos clásicos

MARÍA FLUXÁ OSLO

La expectación en el Museo Munch era alta. No es habitual que un autor sea comisario de una exposición de arte. En este caso, además, el escritor es Karl Ove Knausgård quien nos introduce en la obra del más célebre pintor noruego. «Mi arte ha sido un acto de confesión», había dicho, palabras que también podrían definir al autor de *Mi lucha*, la obra de autoficción más loada desde que Serge Doubrovsky inauguró el género.

La exposición se inaugura hoy. A la pinacoteca de Oslo le movía el deseo de arrojar «una mirada alternativa, fresca» sobre la obra del precursor del expresionismo. Al escritor noruego le apremiaba mostrar un «Munch que no parece Munch», según explicó a la prensa en una visita guiada.

He aquí el primer desconcierto. Salvo por *El sol*, pintado entre 1910 y 1913, no hay un único lienzo icónico. Y figuran, en cambio, algunos nunca antes expuestos. Es intencionado, explicó, para llegar a la «esencia» porque los cuadros por los que es conocido Munch han destruido nuestra capacidad de verlo.

«El objetivo de toda la exposición fue intentar encontrar otro Munch más allá de los cuadros icónicos que todo el mundo conoce, como *El grito*», explica a EL MUNDO en la terraza del museo. «No quería buscar diferentes facetas suyas, sino encontrar qué expresó en esos cuadros famosos de otro modo», añade.

La muestra se articula en cuatro capítulos y de un modo poco ortodoxo, alejada de la pedagogía, de consideraciones biográficas o cronológicas. El primero, *Luz y Paisajes*, presenta a un Munch menos conocido. Hay armonía, luz, casi optimismo, en un artista que abraza la vida, como en el fabuloso *Niños bañistas*, pintado entre 1897-98, es decir después de los lienzos angustiosos *Vampiro* y *Celos*.

Si la obra del pintor noruego es símbolo del drama existencial, en esta sala brilla la vida. También la cotidiana y trivial. Como en *Cuatro mujeres en el jardín* (1926) o *Pintor junto a la pared* (1942), una de sus últimas obras, y jamás antes expuesta.

El siguiente «capítulo» es *El bosque*

El escritor noruego Karl Ove Knausgård, comisario de la muestra del Museo Munch. O. SANDISON

EL BOSQUE ES EL 'GRAN' MOTIVO: «EL BOSQUE ES LIBERTAD, COMO DESAPARICIÓN Y COMO MUERTE»

«EDVARD MUNCH FUE UN HOMBRE FUERTE Y ORIGINAL. Y ÉSE NO SOY YO. ESTOY MUY LEJOS DE ELLO»

ESTE MES, KNAUSGÅRD ESTRENARÁ EN ESPAÑOL LA QUINTA ENTREGA DE SU SERIE

que, un espacio en el que entrar y salir para llegar a la esencia de la obra. «El arte de la pintura es percibir y entonces hacer que la distancia entre lo percibido y pintado sea lo más pequeña posible. El gran talento de Munch reposa en su habilidad de pintar no sólo lo que la mirada percibió, sino también lo que hay detrás de esa mirada», cuenta Knausgård.

En ella cuelga *Bajo las estrellas* (1900-05), que Knausgård describió como «fantástico por poco común». «Me encanta eso», explicó casi entusiasmado, señalando un horizonte de viviendas que, junto con una noche estrellada *vangoghiana*, envuelve dos figuras de postura ambigua.

En la sala *Caos y energía* nos encontramos al Munch con el que estamos familiarizados, el del alma. Incluye numerosas xilografías, como la que da nombre a la muestra, *Hacia el bosque*. «¿Qué es el bosque? ¿Libertad?», se pregunta. «Sí, pero libertad como desaparición, libertad como muerte». También está *La tormenta*, que le recuerda a Francis Bacon, nos cuenta. Y obras inacabadas, como *La montaña humana*: rayos

de sol (1927-29). Inacabadas pero tan potentes...

«Estaba muy interesado», cuenta Knausgård, «en su acercamiento a la pintura. Y [conforme trabajaba en la muestra] cada vez más y más interesado en qué es pintar, porque no soy pintor, en cómo redujo tanto, cómo lo despojó para llegar a la esencia. En uno de sus cuadros no hay apenas nada pero sigue siendo fuerte. Cuánto se puede quitar y mantener la intensidad», prosigue.

¿Y cuál fue el mayor reto? «Es hacer que las salas funcionaran. Aún no sé si lo hacen. Lo hacen para mí y es lo mejor que pude conseguir», contesta. La última se llama *Los otros* y la componen retratos, porque «pintó a la gente tan bien como pintó los árboles», si bien fue un hombre «solitario, insocial, aislado».

También fue «fuerte y original», prosigue Knausgård cuando le preguntan qué tiene en común con Munch. «Y ése no soy yo. Estoy muy lejos de ello. Pero creo que algo lo convirtió en artista y puedo identificarlo en eso. Creo que fue una persona muy cerrada, que se aisló del mundo más o menos cuando murió

su hermana y creo que usó el arte para conectarse a él. Yo, en menor escala, hago lo mismo. No me relaciono con el mundo cuando estoy en él, sino cuando escribo».

Precisamente el 17 de mayo se publica en España *Tiene que llover* (Anagrama), el quinto libro de *Mi Lucha*. Este volumen abarca desde que tiene 19 años y es un joven estudiante en la Academia de Escritura de Bergen hasta que concluye su primer matrimonio, 14 años después. Ahora, divorciado de su segunda esposa, le preguntamos si teme que su propia vida interfiera en la exposición, empañe la obra de Munch.

«No, no creo porque he intentado quitar de ella todo lo que tiene que ver conmigo. Hay unas pocas citas en las paredes, pero es sólo Munch. Son sus salas. Y cuando entras en ellas espero que no se piense que alguien ha hecho esa experiencia, sino que sólo las veas. Eso es lo que espero y creo que puede ser así porque no hay una conexión directa. Quizás algunos de mis lectores por curiosidad vengan a verla, pero les absorberá Munch. Eso espero. Si no, sería un desastre de exposición».

